

libros; para la impresion correcta de la Biblia, de los concilios, de los santos doctores y de las bulas pontificias; para el orden de las ceremonias en los divinos oficios y en la administracion de los sacramentos. Otras tenian por objeto la abundancia de vi-veres, el cuidado de los caminos, de los puentes y de las aguas en el estado eclesiástico. Para que estu-viese abundante el trigo, con especialidad en Roma, estableció un fondo permanente de cien mil escudos. Poco despues edificó la famosa biblioteca del Vatica-no. Para imponer silencio á los que declamaban con-tra los abusos de la curia pontificia, declaró vacantes los beneficios de los que fuesen promovidos al carde-nalato, y obligó á residir en ellos á los que los obtu-viesen de la santa Sede por dispensa.

26. A egemplo de Pio V que habia colocado en el número de los doctores de la Iglesia á Santo Tomás de Aquino, del orden de Santo Domingo, dió Sisto el mismo título á San Buenaventura, religioso de San Francisco. Aunque estos dos Santos no habian tenido hasta entonces mas que la simple denominacion de doctores de la escuela, eran mirados con una vene-racion particular.

27. En el mismo año aprobó una nueva congre-gacion instituida por Juan Agustin Adorno y Fran-cisco Agustin Caracciolo, de las ilustres familias conocidas con estos apellidos en Génova y Nápoles. Era la séptima congregacion de clérigos regulares que se establecia en aquel siglo, y como Sisto V habia sido franciscano, la llamó congregacion de clérigos

reglares menores. La reforma de los ermitaños de San Agustin fue establecida el año siguiente en el capítu-lo general celebrado en Madrid.

28. Mientras contribuía este Papa á la felicidad, ó á lo menos á la quietud y á la gloria de Italia, ha-bian llegado en Francia al mas alto grado los furores de la liga. Era Paris un centro fijo de enorme faccion, la cual tenia allí su consejo, formado de gentes de todas clases, abogados y procuradores, alguaciles y magistrados, algunos clérigos sediciosos, y entre ellos un desertor del calvinismo, mercaderes y gente fallida, un maestro de esgrima y otros aventureros, distinguidos únicamente por su audacia, idiotas y destituidos de las primeras nociones de política y go-bierno, pero resueltos á egecutar cualquiera empresa, y esclavos de una muger furiosa que les inspiraba su venganza y su ódio rencoroso. No sabemos puntual-mente por qué razon habia desagradado Enrique III á la duquesa de Montpensier, hermana del duque de Guisa; pero si atendemos á su resentimiento, parece que no pudo haber otro motivo que una declaracion de amor anticipada, y mirada con desprecio, ó favo-res pagados con indiscrecion y mofa, cosas que ja-más perdona una muger. Además del consejo general de la liga, y de las juntas clandestinas en que se tra-taba de criticar y reformar el gobierno, habia en los diez y seis cuarteles de Paris otros tantos consejos subalternos, que al principio deliberaban á parte, despues se concertaban entre sí, y luego se entendian con el consejo general.

una gran cruz de carton pintado, la que llevaba aparentando que le costaba mucho trabajo, y una corona de espinas en la cabeza, de la que parecia le caian en la cara algunas gotas de sangre, que se le habian pintado igualmente. A los lados iban dos capuchinos mozos, revestidos de albas, y representando el uno á la Virgen y el otro á la Magdalena. Seguíase á esto un gran número de penitentes, y los mas devotos representaban á los varios personajes de la pasion. Se dispuso la procesion de modo que llegase á la catedral mientras estuviere el Rey en las vísperas. Al entrar entonaron el *Miserere* con un tono muy lúgubre, y dos capuchinos azotaban cruelmente á fray Ángel, el cual fue á echarse á los pies del Rey, con los demás penitentes, pidiendo todos misericordia. Omitimos las particularidades indecentes de esta ceremonia ridícula, y nos contentamos con remitir á los curiosos al historiador Augusto de Thou, testigo ocular. El mariscal de Birón aconsejó al Monarca que mandase prender á todos aquellos penitentes sediciosos, muchos de los cuales iban en efecto á derramar en Chartres las semillas de la rebelion, que muy en breve obligaron á Enrique á retirarse á Roan. Pero este Príncipe incomprendible los recibió con agrado, y dió palabra de perdonar á los parisienses, con tal que volviesen á cumplir puntualmente sus obligaciones.

32. Después de la diputacion procesional, se presentó otra del parlamento, y en seguida otra de los oficiales municipales, siendo recibidas todas ellas con

la serenidad asombrosa de Enrique III, y dando motivo á que se tratase de composicion. La Reina madre que se habia quedado en París para influir en los negocios públicos, se aprovechó de esta ocasion tan conforme á su sistema favorito. Cerca de un mes estuvieron los caminos llenos de correos y ministros, que iban continuamente desde Roan á París, y desde París á Roan. Por último, se publicó el famoso edicto de union, cuyos artículos habian sido decretados el dia 11. de Julio de 1588 entre la Reina, el cardenal de Borbon y el duque de Guisa. En él accedia el Rey á las pretensiones de los comuneros con una facilidad que hubiera bastado por sí sola para hacerles sospechoso este convenio, si las cosas que lisongean á la ambicion fuesen capaces de inspirarla desconfianza. La santa liga ó union quedaba erigida en ley capital del estado, á la cual no se podia desobedecer, ni aun ser indiferente con respecto á ella, sin incurrir en el delito de sacrilegio y de felonía. Se declaraba á los hereges una guerra cruel, y se prometia no interrumpirla hasta esterminarlos todos. Se excluía al Rey de Navarra del trono de Francia, por la promesa que hacia el Monarca francés de no reconocer jamás por sucesor suyo á un Príncipe que no profesase la Religion católica, apostólica romana. Se nombraba generalísimo al duque de Guisa, con una autoridad ilimitada sobre los egércitos. Se entregaban á los comuneros varias plazas de seguridad, donde pudiesen poner guarniciones á su arbitrio, se quitaban los empleos á los gobernadores de otras muchas ciudades y

aun de provincias, para substituir en su lugar los que nombrase la santa union, se mandaba que saliesen de la corte los favoritos y los ministros; y así para confirmar estas disposiciones, como para aliviar á los pueblos y reformar enteramente el gobierno, se señalaba una junta general de todos los órdenes del reino en la ciudad de Blois, la cual habia de celebrarse en los primeros dias de Octubre.

33. Allí era donde debia manifestarse el orgullo en el mas alto grado de elevacion, pero para dar un ejemplo mas terrible cayendo desde un puesto mas encastrado. Habiendo llegado el duque de Guisa á aquel término fatal, donde ya no habia medio entre reinar ó morir, no omitió diligencia alguna para dar la ley á su Soberano. Para esto se trataba únicamente, á lo menos segun el estilo ordinario, de tener el mayor número de votos, haciendo que se compusiese la junta de diputados que estuviesen á sus órdenes: lo que no le fue difícil, mediante la autoridad que ejercia, con especialidad en las provincias inmediatas á la capital, y el predominio general que tenia sobre los tres órdenes del estado. ¿Pero qué no puede contra un vasallo el Soberano que sabe serlo un momento? El duque de Guisa se precipitó, y aceleró su ruina con su orgullo y con algunas amenazas indiscretas, á lo que no contribuyó poco su hermana la duquesa de Montpensier, con el delirio de su furor, pues llevaba consigo unas tijeras de oro, las que enseñaba de cuando en cuando, jactándose de que las tenia siempre á la mano para hacer al Rey el cerquillo.

Esta audacia estremada y la paciencia inesplicable del Rey infundian grandes recelos á muchos amigos del duque, los cuales le suplicaron que no abusase de la fortuna, ni redujese al Monarca á un extremo de desesperacion; pero jamás pudieron persuadirle que fuese capaz Valois de tomar una resolucion vigorosa. Un dia le pusieron debajo de la servilleta un papel anónimo, en que se le participaba el desigmo que habia formado el Rey de mandar que le asesinasen. Le leyó con serenidad, escribió á continuacion de él estas palabras: *Se guardará muy bien de eso, y le tiró debajo de la mesa.*

34. Pero al acceso de la afeminacion y flojedad habia sucedido por último en Enrique el extremo contrario. El dia 3 de Diciembre, estando el duque en la junta, le avisaron de que tenia el Rey que comunicar con él un asunto reservadamente. Salió de la sala, entró en la antecámara del Rey, y mientras estaba ocupado en abrir la mampára, le aseguró la espada un asesino para que no pudiese hacer uso de ella, y al mismo tiempo le clavó un puñal en el pecho. Acudieron otros ocho que le cosieron á puñaladas; dió el duque un gran suspiro, y logró desprenderse de sus manos, pero fue á caer al otro extremo del cuarto donde espiró diciendo: „Dios mio, tened misericordia de mí.” Su hermano, el cardenal de Guisa, quedó preso en el mismo instante, y le asesinaron al otro dia. Así murió á los cuarenta y dos años de edad el duque de Guisa, por sobrenombre el acuchillado; y para pintarle exactamente, basta decir que escedió

á su padre en cualidades brillantes, buenas y malas. Habria sido el hombre mayor, no solo de su siglo, sino de casi todos los siglos y naciones, si se hubiese contenido en la clase que le habia colocado la Providencia, y del mismo modo habria sido el mayor Rey, si ésta le hubiese colocado en el trono, adonde por su desgracia intentó subir. Luego que espiró el duque, fue Valois á buscar á su madre, y la dijo en tono triunfante: „Señora, se acabó el Rey de París, y ya reino yo en toda Francia.” Postrada Catalina con la fuerza de la enfermedad, que por último la quitó la vida, respondió desmayadamente: „Quiera Dios, hijo mio, que por el contrario no sea esta muerte la causa de tu ruina, porque no basta cortar, sino que es necesario saber coser y haber tomado la medida.” Al cabo de quince dias murió la Reina, sin que se pensase en su muerte, despues de haber sido el móvil de todo en los reinados deplorables de sus tres hijos, cuyas revoluciones son mas á propósito para dar idea de su carácter, que cuantas pinturas pudiéramos hacer de ella.

35. Enrique que acababa de dar un golpe tan atrevido y verdaderamente decisivo, si hubiera sabido aprovecharse de él, no fue Rey mas que un solo momento, porque cansado con este esfuerzo, volvió á abandonarse inmediatamente á su inaccion habitual. Todos estaban perplejos y consternados en París. Se habia visto que el Rey mandaba y procedia como Soberano, y se creía que habia vuelto á adquirir el vigor y los nobles sentimientos de sus primeros años.

Si se hubiese mostrado desde luego en aquella capital, acompañado de algunas tropas que hubieran sostenido á los vasallos fieles que conservaba en la magistratura y en la clase media del pueblo, habria obligado á las cabezas de la rebelion á salir de la ciudad, y al ciego populacho á sujetarse á su autoridad; pero se contentó con enviar un negociador, é infriendo de aquí que se les temia, dejaron ellos de temer. En pocos momentos se convirtió el exceso del terror en un furor tan desenfrenado, que tiene pocos egemplares en la historia. El grande Harlai y los mas dignos magistrados fueron conducidos á la Bastilla. Despues de haberse retirado de la Sorbona los doctores mas respetables, decidió esta universidad, que los franceses estaban absueltos del juramento de fidelidad que habian prestado al Rey, y debian tomar las armas contra él en defensa de la Religion católica. Los clérigos y frailes encendieron el fuego de la rebelion desde los púlpitos y confesonarios, vomitaron por todo el reino torrentes de imprecaciones contra su Soberano, y no le daban otro nombre que el de Enrique de Valois. Se derribaron sus armas y estatuas, y hollando indignamente sus retratos, se hacian votos sacrilegos porque se pudiese tratar del mismo modo á su persona. Por último, el duque de Mayenna fue nombrado lugarteniente general del reino, con el mismo poder y facultades que si no hubiese Rey.

36. Habiendo cundido la desercion por las provincias, de suerte que apenas habia ninguna plaza que no estuviese en poder de los comuneros ó de los

29. Cuando se vieron en estado de dar el último golpe, el duque de Guisa, que mandaba un ejército en la frontera de Alemania, fue á Nanci á aconsejarse con los Príncipes de su casa, y con los demás principales personages de la liga (1). Se resolvió que se pidiese al Rey una declaración y una adhesión más auténtica por su parte á favor de la santa unión; la publicación del concilio de Trento; el establecimiento de la inquisición, el retiro de los cortesanos y de las personas constituidas en dignidad que se le nombrasen como sospechosas de heregía; la guerra contra los hereges, pero una guerra tan terrible que solo se diese cuartel á los que abjurasen y consagrasen perpétuamente sus bienes y su vida á la defensa de la santa unión; y en fin, plazas de seguridad con tropas mantenidas por el estado, así en las fronteras como en lo interior del reino. Era esto poco menos que pedir á Enrique que descendiese del trono, y con todo eso estuvo perplejo el débil Monarca entre la concesión y la repulsa; de modo que si los fogosos comuneros de París no hubiesen conspirado entonces para acabar con su guardia y apoderarse de su persona, es muy probable que se habrían concedido la mayor parte de los artículos de Nanci. Pero habiéndose descubierto la conjuración, y viéndose en el mayor conflicto los diez y seis, que estaban encargados de llevarla á efecto, enviaron al duque de Guisa cartas y más cartas, diputadas y más diputadas, para manifestarle que estaban resueltos á abandonarlo todo,

(1) *Mem. de la Liga, t. 2. p. 295. y sig.*

si no iba al momento á socorrerlos. No interesando menos al Rey en tenerle distante, como á un gefe cuya presencia infundiría nuevo aliento á la facción, le dió orden para que no fuese á París.

Llegó el duque, no obstante esta prohibición, acompañado de solas siete personas entre amos y criados (1); pero aun no había llegado al centro de la ciudad, cuando tenía ya al rededor de sí más de treinta mil. Lleno el pueblo de gozo, no cesaba de gritar: *viva Guisa*, con una satisfacción y júbilo que jamás había manifestado á su Soberano. Unos le llenaban de bendiciones, y le dieron mil veces el nombre de libertador de los franceses; otros se arrodillaban y le besaban el vestido; otros tocaban á él los rosarios, y los que no podían llegar á sus pies, le alargaban las manos en ademán de suplicarle, como á una divinidad. Las señoras echaban flores y yerbas desde las ventanas, redoblando las aclamaciones. El duque, lleno de grandeza y de afabilidad, caminaba á paso lento, con el sombrero en la mano, correspondiendo á todos con cuanto agrado le era posible. En medio de este triunfo como inesperado, y por lo mismo más lisongero, fue á parar al palacio de Soissons, cerca de San Eustaquio, donde habitaba la Reina, la cual no pudo disimular el sobresalto que la causó su presencia, y con todo eso se ofreció á llevarle al cuarto del Rey.

Se pusieron inmediatamente en camino, la Reina en su silla de manos, y el duque á pie, hablándola

(1) *Mem. de Aubigné, t. 3. l. 1. Diario de Loisel.*

con una serenidad, que no se alteró al encontrarse con los guardias, á los cuales manifestó el mismo agrado que al pueblo. Sin embargo, en aquel momento se deliberaba acerca de su vida ó de su muerte en el palacio en que ponía los pies; pero no habia llegado aun la hora en que el genio de los Valois debia acabar con el de los Guisas. Despues de algunas reconvençiones de poca importancia por parte del Monarca, y de algunas justificaciones frívolas por parte del vasallo, se separaron con una indiferencia que admiró á todos, porque el uno perdía la ocasion decisiva de restablecer su autoridad, y el otro salía del peor paso que podia haber dado la intrepidez del orgullo. Ambos á dos hicieron sus reflexiones, y trataron de reparar su flaqueza ó su imprudencia.

30. Convocó el Rey á los nobles, hizo que tomasen las armas los mejores ciudadanos, enemigos de las turbulencias, porque éstas no podian menos de serles perjudiciales, y trajo de Laguy cuatro mil suizos que estaban allí acuartelados, y se apostaron en varios parages de la ciudad. Recelosos los parisienses de la suerte del duque, tomaron al momento las armas, estendieron las cadenas, formaron empalizadas con tablas, vigas, toneles llenos de tierra y estiércol, cofres, armarios y demás muebles que tenían en casa. Desempedrarón las calles, y pusieron en los balcones las piedras que habian arrancado. Tocaron á rebato, prolongaron las empalizadas; acometieron á las tropas del indeciso Monarca, el cual las habia prohibido toda violencia, se hallaron cortadas en

menos de cuatro horas todas las comunicaciones de aquella gran ciudad, y los rebeldes establecieron insolentemente su última empalizada á cincuenta pasos del Louvre.

Cogidas, por decirlo así, en diferentes redes las tropas del Rey, sin poder reunirse, ni ir atrás ni adelante, se arrimaban á las paredes para libertarse de las pedradas y fusilazos que llovian desde los tejados y balcones. Enseñaban los rosarios, y gritaban con todas sus fuerzas diciendo, que eran buenos católicos. Sin embargo, hubo como unos sesenta entre muertos y heridos, antes que el duque de Guisa se manifestase jefe de la empresa, porque habia estado oculto, esperando el éxito, para proceder con arreglo á lo que resultase. Entonces se presentó triunfante, y como señor absoluto, en medio de aquel espantoso tumulto. No tenía mas que una caña en la mano, y suspendiéndose de repente todo el furor quedaron al momento despejadas las calles por donde habia de pasar. Felicitó al pueblo por haber asegurado su libertad y su vida; trató con una noble familiaridad á aquellos vencedores oscuros; los elogió porque habian despreciado los peligros y la muerte por la defensa de la religion; se acercó á las tropas del Rey; las habló con cariño; hizo que rindiesen las armas, y abriesen el camino del Louvre; dió al conde de San Pol el encargo de acompañarlas hasta que estuviesen fuera de peligro; se establecieron despues guardias arregladas para la noche, y queriendo el corregidor dar el santo en nombre del Rey, como

tenia de costumbre, no quiso recibirle el pueblo, y se le pidió al duque. En este extraño trastorno de toda autoridad legítima, no dejó la Reina madre de valerse de los medios que la eran familiares, esto es, de las conferencias y negociaciones, sin querer hacerse cargo de que semejante lucha entre el Príncipe y el vasallo no podía acabarse sino con la ruina absoluta de uno ó de otro; pero parece que el Rey llegó á conocerlo por último, porque estando aun la Reina entretenida en sus conferencias, se escapó por una puerta escusada del Louvre, atravesó el jardín de las Tullerías, y fue á parar al monasterio que habia mandado construir, estramuros de París, para el nuevo instituto de los foldenses. Allí tomó un caballo, y huyó á rienda suelta, acompañado cuando mas de treinta personas, pues el resto de la corte seguia á lo lejos con el mayor desorden. Algunos cuerpos de guardia que se le habian adelantado, dispararon contra él, y á falta de armas le llenó de injurias el populacho. Le alcanzaron sus tropas en el camino de Chartres, adonde llegaron todos juntos el dia siguiente. Ya que Guisa no pudo asegurar al Rey, conservó su conquista, esto es, la capital; y fue á buscar al primer presidente Aquiles de Harlai, á fin de tomar las providencias correspondientes para poder subsistir en ella; pero la única respuesta que le dió éste, fue la siguiente: „cuando está violada la magestad del Príncipe, nada puede el magistrado.“ Halló grandes menos generosos, y nadie le opuso resistencia

alguna aun en el orden militar. Le entregaron la Bastilla, Vincennes, el Temple y los dos edificios llamados *Chatelets*; y en todas partes puso por gobernadores á sus hechuras. A Bussi-le-Clerc, maestro de esgrima, se le dió el gobierno de la Bastilla. Luego que faltó de París el Rey, quedó tan sosegado como si no hubiese habido ninguna conmocion.

31. Calmados los parisienses, pensaron en llamar al Rey, y fueron á comunicar su designio á fray Angel de Joyeuse, el cual le aprobó, y se ofreció á ir delante de ellos. Era fray Angel el conde de Bouchage, que consternado con la muerte temprana de su muger, acaecida en el año anterior, habia tomado de repente la resolucion de abrazar el instituto de los capuchinos, al mismo tiempo que su hermano el duque de Joyeuse se hallaba en aquel grado de favor, en que se atrevió á solicitar, y tuvo la desgracia de conseguir, el mando de un ejército brillante que se enviaba contra el Rey de Navarra: presuncion que espizó en los campos de Coutras, donde no encontrando ya ninguna resistencia que oponer á los golpes de un héroe, supo á lo menos esponerse á sí mismo, y murió en el teatro del honor con otro hermano suyo.

No pudo discurrirse cosa más á propósito para mover la piedad singular de Enrique III, que presentar á fray Angel, bajo la figura del Salvador en la accion de subir al calvario (1). Le pusieron á la espalda

(1) *Cayet. Aubigny. = Thou, l. 90. al fin.*